

ENRIQUE KRAUZE
EL PODER Y EL DELIRIO

72

TIEMPO
DE MEMORIA
TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: noviembre de 2008

© Enrique Krauze, 2008

Diseño de la colección: Lluís Clotet y Ramón Úbeda
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Cesare Cantù, 8 – 08023 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-8383-142-7
Depósito legal: B. 46.406-2008
Impresión: Limpergraf, S.L. – Mogoda, 29-31 – 08210 Barberà del Vallès
Encuadernación: Reinbook
Impreso en España

Agradecimientos.....	15
Prólogo.....	17
I. El libreto de los sesenta: revolución o democracia	
El guerrillero desencantado.....	25
Tres lustros constructivos (1959-1974).....	35
Tres lustros críticos (1974-1989).....	40
La excepcionalidad venezolana.....	47
El suicidio de la democracia.....	52
¿Con el Che o con Fidel?.....	68
El juego de Castro y Chávez.....	70
¿Quién seduce a quién?.....	76
II. Aún no amanece: voces de oposición	
Colas en Caracas.....	79
«La tormenta perfecta».....	81
Diagnóstico de las misiones.....	84
La guerra de los medios.....	88
«Ni sanguinario ni cruel».....	94
El candor del padre Ugalde.....	96
«Recen por mí».....	99
«Cristo era comunista».....	102
La estrella titilaba.....	106
Sombras nazis.....	110
Entre colegas.....	113
La maltrecha cultura.....	118
El cerco y el humor.....	121

La destrucción de PDVSA	127
El padre desencantado	130
La fe de Baduel	135
¡Que vivan los estudiantes!	140
III. Venerador de héroes: biografía y mitología	
Buena estrella	147
Civilización y barbarie	158
Sueños de grandeza	163
El panteón personal	167
La «vuelta del Cóndor»	173
IV. Marxismo o fascismo: crítica ideológica	
Plejánov en los llanos	179
El 18 Brumario de Hugo Rafael Chávez Frías	187
El Bolívar de Marx	193
Un ancestro secreto	198
Borges lee a Carlyle	203
«Elementos fascistoides»	209
V. La batalla por el pasado: historia o propaganda	
El Panteón Nacional	213
Coloquio histórico	216
México en la obra de Bolívar	233
Palabra de Martí	239
VI. El centenario de Rómulo Betancourt: vindicación democrática	
Atentado de película	245
Los recuerdos del biógrafo	247
La peste militar	265
Su palabra no fue escuchada	270
El juicio de Hugh Thomas	273
VII. La Revolución bolivariana: voces chavistas	
Hugolatría	277
Estado docente	280

En nombre del padre	286
El prístino ideal	291
Fouché entre estatuas	298
Temas spinozos	305
Misión a las misiones	308
Radio Rebelde	315
VIII. El eterno retorno de lo mismo: crítica histórica	
Miseria de la teología revolucionaria	319
La restauración monárquica	332
Socialismo democrático o autoritario	341
La casa real de Miraflores y sus virreinos	351
Edipo en Caracas	357
Apéndice	
Bibliografía	363

Miseria de la teología revolucionaria

Los guerrilleros venezolanos que desde fines de los años sesenta fueron los precursores de la crítica de izquierda al «socialismo real» (incluido el «socialismo real» cubano) son los primeros en lamentar que la Venezuela chavista confunda el futuro con el pasado y finja que el fantasioso «socialismo del siglo XXI» pueda construirse sin tomar en cuenta el fracaso del socialismo revolucionario en el siglo XX. Pero Chávez está empeñado en reeditar por su cuenta y riesgo el libreto cubano de los sesenta. Su reciente acuerdo armamentista con Rusia y su peligrosa amistad con Irán son representativos de ese designio: se trata de revivir la crisis de los misiles, provocar al gigante herido y, con suerte, desatar una invasión: la ansiada Playa Girón de Hugo Chávez. Hay algo patético en el empeño chavista de enfilarse a su país en una carrera armamentista que sólo responde a sus obsesiones y mitologías personales, o a su pretendida mimesis con Fidel Castro. Ante esta anacrónica resurrección (no por distorsionada menos real) del mito revolucionario del siglo XX en el XXI, me pregunto ¿qué habría pensado Octavio Paz?

Aunque trabajé a su lado por más de veinte años en la revista *Vuelta* y compartí con él varios momentos cruciales en la historia política de México, de América Latina y de Occidente, nunca me atrevería a afirmar con certeza lo que Paz habría pensado porque, sencillamente, no está aquí. Lo que sí he podido hacer es releer su obra en busca de claves y recordar el momento delicado en que editamos un libro

sobre América Latina que circuló razonablemente bien y que, a la distancia, sobre todo en el instante actual, resulta iluminador.

La pequeña aventura editorial ocurrió hace poco más de veinticinco años, a principios de los ochenta. El panorama de América Latina era, si no más preocupante, sí más desolador que el actual. Países tradicionalmente democráticos como Chile, Uruguay y Argentina llevaban años hundidos en brutales dictaduras militares. La lucha entre la guerrilla y los cuerpos paramilitares dejaba decenas de miles de muertos en Guatemala y El Salvador. Nicaragua era el coto privado de nueve comandantes sandinistas. El largo historial democrático de Colombia seguía sufriendo el embate de las guerrillas más antiguas e inescrupulosas del continente, grupo cuya crueldad era apenas comparable con las de Sendero Luminoso, que comenzaba a asolar a la renaciente democracia peruana. Paraguay y Brasil seguían bajo la bota del militarismo puro, lo mismo que Cuba bajo el militarismo ideológico. Panamá había perdido al caudillo Torrijos pero daba la bienvenida al narcomilitar Noriega. Ecuador, Bolivia y la República Dominicana mantenían en un hilo su frágil institucionalidad, y México –el envanecido México– empezaba a percatarse apenas de los enormes inconvenientes de su «dictadura perfecta». En aquel sombrío panorama, sólo dos democracias pacíficas y maduras brillaban como estrellas solitarias: Venezuela y Costa Rica.

Alrededor de esas fechas, la revista *Vuelta* convocó a dos revistas de ideas de gran prestigio y vocación de izquierda liberal (*Dissent*, dirigida por Irving Howe, y *Esprit*, dirigida por Paul Thibaud) para invitar juntas a un grupo de escritores latinoamericanos a reflexionar sobre el estado de la democracia en sus respectivos países. Bajo el título general de «Democracia y la dictadura en América Latina», los ensayos fueron apareciendo en números sucesivos de las revistas y se integraron más tarde en libros editados en francés, inglés y español.

El título de nuestra edición es ilustrativo de nuestro ánimo pesimista: *América Latina: desventuras de la demo-*

cracia.¹ En el ensayo que abría el libro, «La democracia en América Latina» (firmado el 30 de marzo de 1982, cuando estaba a punto de cumplir 68 años), Octavio Paz incursionaba en un territorio que conocía pero no frecuentaba. A diferencia de las generaciones anteriores a la suya (José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Daniel Cosío Villegas), la generación de Paz (nacida entre 1905 y 1920) había dejado de ver hacia el sur y pensar en términos «americanistas», para abrirse (estudiar, escribir, viajar) a zonas geográficas y culturales del este y el oeste (en su caso Europa, la India y el Lejano Oriente). Pero en los años ochenta la realidad iberoamericana se había vuelto a tal grado opresiva y apremiante que Paz no pudo sustraerse más a ella y decidió abordarla, como solía hacerlo, a través del ensayo de reflexión histórica. Su propósito era responder por su cuenta a las viejas preguntas: ¿por qué la democracia había arraigado de manera tan insuficiente en nuestros países?, ¿qué impedía su arraigo a fines del siglo xx?

El argumento de Paz era sencillo y contundente: a pesar de todas las desventuras, «hasta mediados del siglo xx, nadie se atrevió a poner en duda que la democracia fuese la legitimidad histórica y constitucional de América Latina. Con ella habíamos nacido y, a pesar de los crímenes y tiranías, la democracia era una suerte de acta de bautismo histórico de nuestros pueblos». Pero desde 1959 la situación había cambiado. Una nueva legitimidad «revolucionaria» se había impuesto en el escenario latinoamericano. Esa nueva justificación política no

¹ La nómina de 17 autores era notable. Mencionaré sólo algunos de los textos que hicieron época: «Historia de una matanza», de Mario Vargas Llosa (que refutaba definitivamente el carácter «campesino» de la guerrilla peruana y exhibía su indescriptible crueldad); «El suicidio en Cuba», de Guillermo Cabrera Infante (que narraba la cadena de suicidios políticos característica de la desdichada historia cubana); «La inestable Latinoamérica», de Carlos Rangel (escéptico análisis sobre la perpetuación de los mitos revolucionarios y la debilidad democrática de la región); «Chile: verdades y leyendas», de Jorge Edwards (valiente ajuste de las responsabilidades compartidas entre Allende y Pinochet); y «Colegas enemigos», de Gabriel Zaid (texto que exhibió la entraña personal y casi familiar —como de Cosa Nostra— en el fondo de la guerrilla salvadoreña y adelantó la reveladora tesis de Zaid —desarrollada en los años siguientes— sobre la guerrilla latinoamericana como obra de universitarios).

requería más de procesos electorales ni de libertades cívicas ni de instituciones republicanas. Los dictadores militares del siglo xx (que representaban la ausencia de legitimidad, el poder por el poder) habían sido siempre (y seguían siendo) un obstáculo permanente para la democracia, pero la incandescente Revolución cubana conspiraba contra ella de un modo más profundo.

Paz se propuso desentrañar las raíces dogmáticas de esa nueva legitimidad. Buscaba, en una palabra, desmistificarla. Y es que en su larga vida Paz había visto ya ese futuro «socialista» y sabía que no funcionaba. O mejor dicho: sabía que funcionaba como una «ideocracia totalitaria», un régimen burocrático que a su paso había dejado opresión, miseria y muerte.

Para llegar a la crítica del gobierno castrista (pero teniéndolo presente a lo largo del texto) Paz hizo referencia a varios elementos «antimodernos» que nos legó la tradición hispánica. En primer lugar, la idea teologopolítica de la vida pública que España asimiló miméticamente del islam: «la fusión entre lo religioso y lo político [...] o la noción de *cruzada*, aparecen en las actitudes hispánicas con una coloración más intensa y viva que en otros pueblos europeos». En segundo lugar, la herencia de la Contrarreforma. Mientras que la evolución general de los estados y sociedades occidentales modernas tendían a la afirmación de los intereses individuales en un marco de respeto al derecho, tolerancia de opiniones, amplia y plural participación política y separación completa de lo sagrado y lo profano, «el Estado español confundió su causa con una ideología»:

La idea de la misión universal del pueblo español, defensor de una doctrina reputada justa y verdadera, era una supervivencia medieval y árabe; injertada en el cuerpo de la monarquía hispánica, comenzó por inspirar sus acciones pero acabó por inmovilizarla. Lo más extraño es que esta concepción teológico-política haya reaparecido en nuestros días. Aunque ahora no se identifica con una revelación divina: se presenta con la máscara de una supuesta ciencia universal de la historia y la sociedad. La verdad reve-

lada se ha vuelto «verdad científica» y no encarna ya en una Iglesia y un Concilio sino en un Partido y un Comité.

Basado en la obra de Richard M. Morse –notable historiador estadounidense, experto en América Latina–, Paz destacó el aporte fundamental del pensamiento de Francisco Suárez (y sus discípulos de la Compañía de Jesús) a la monarquía católica: «Estos teólogos –dice Paz– renovaron, con genio, el tomismo y lo convirtieron en una fortaleza filosófica». Por un lado, suministraron directa o indirectamente «la base ideológica de sustentación del imponente edificio político, jurídico y económico [...] del Imperio español». Por el otro, fueron la escuela de «nuestra clase intelectual». Igual que el celoso espíritu teologicopolítico de la Contrarreforma, Paz veía reaparecer a aquellos remotos neotomistas en los espíritus doctrinarios y revolucionarios de 1982:

no es difícil advertir en nuestros intelectuales, ocultas pero vivas, las actitudes psicológicas y morales de los antiguos campeones de la neoescolástica. Paradójica modernidad: las ideas son de hoy, las actitudes, de ayer. Sus abuelos juraban en nombre de Santo Tomás, ellos en el de Marx, pero para unos y otros la razón es un arma al servicio de una verdad con mayúscula. La misión del intelectual es defenderla. Tienen una idea polémica y combatiente de la cultura y del pensamiento: son cruzados. Así se ha perpetuado en nuestras tierras una tradición intelectual poco respetuosa de la opinión ajena, que prefiere las ideas a la realidad y los sistemas intelectuales a la crítica de los sistemas.

No sólo la centenaria tradición politicoteológica española había pesado siempre como una losa sobre las nacientes repúblicas iberoamericanas y renacía en el nuevo dogmatismo revolucionario. Otras realidades históricas conspiraban también contra la democracia. Paz era un crítico irreductible de las tiranías militares sudamericanas. Veía a esos gobiernos como la recurrencia de la vieja tradición caudillista del siglo XIX: los regímenes militares de excepción, con armas y prejuicios, sin

rumbo y sin ideas, la tiranía sin banderas. (De hecho, *Vuelta*, que dedicó varios números al tema, estuvo proscrita en Argentina entre 1979 y 1983.) En ese mismo sentido, Paz no cerraba tampoco sus ojos ante el papel de Estados Unidos en las desventuras de la democracia latinoamericana:

Han fomentado las divisiones entre los países, los partidos y los dirigentes; han amenazado con el uso de la fuerza, y no han vacilado en utilizarla, cada vez que han visto en peligro sus intereses; según su conveniencia, han ayudado a las rebeliones o han fortificado a las tiranías [...]. Por todo esto, los Estados Unidos han sido uno de los mayores obstáculos con que hemos tropezado en nuestro empeño por modernizarnos. Es trágico porque la democracia norteamericana inspiró a los padres de nuestra Independencia y a nuestros grandes liberales, como Sarmiento y Juárez. Desde el siglo XVIII la modernización ha querido decir, para nosotros, democracia e instituciones libres; el arquetipo de esa modernidad política y social fue la democracia de los Estados Unidos. Némesis histórica: los Estados Unidos han sido, en América Latina, los protectores de los tiranos y los aliados de los enemigos de la democracia.

Pero Paz concentraba su pasión crítica en el tema de la Revolución cubana y sus reverberaciones. Ya en 1959 había vivido, visto y leído lo suficiente como para recibir con un entusiasmo real aunque atemperado la victoria de Fidel Castro. Pero en 1982 el desencanto se había convertido en una decepción completa. El dogmatismo teológico de viejo cuño (la vuelta del espíritu neoescolástico) y la connivencia –casi la complicidad– de la mayoría de los intelectuales latinoamericanos con el régimen de Castro le parecían inadmisibles. Lo más grave del caso era la persistencia del mito revolucionario en el continente, la proliferación de émulos de Castro y del Che que practicaban la guerrilla en los campos y ciudades del continente.

¿De dónde extraía Paz sus certezas, sus desilusiones, sus preocupaciones? De su propia biografía. Él mismo, en su juven-

tud, había sido un *poseído* de la revolución. Por eso el sueño recurrente de la revolución marxista le tocaba una cuerda mucho más íntima: la de la responsabilidad personal y la culpa.

* * *

Vale la pena recordar muy brevemente su itinerario, ahora que tantos jóvenes latinoamericanos han abrazado de nuevo (en un eterno retorno de lo mismo) el viejo sueño de la revolución, hoy encarnado en el comandante Hugo Chávez, auto-proclamado heredero mitológico de la revolución de Fidel Castro y la hazaña liberadora de Bolívar.

Lo cierto es que la toma de conciencia en Octavio Paz fue paulatina. Nacido en 1914, en los años treinta sintió la gravitación irresistible de la Revolución rusa: «Mi generación fue la primera que, en México, vivió como propia la historia del mundo, especialmente la del movimiento comunista internacional». En 1937 estuvo presente en la guerra civil española, en los cuarenta se acercó a posiciones trotskistas, en los cincuenta su fe socialista no le impidió describir los campos de concentración en la URSS, en los sesenta mantuvo cierta esperanza en los experimentos autogestionarios yugoslavos y aun en la Revolución china. Todavía en 1967, a pesar de su escepticismo con respecto a Cuba, escribía de manera exaltada y poética sobre el mito central de su vida y de su época, el mito central de la modernidad, la revolución:

Ungida por la luz de la idea, es filosofía en acción, crítica convertida en acto, violencia lúcida.

Popular como la revuelta y generosa como la rebelión, las engloba y las guía.

Revolución designa a la nueva virtud: la justicia. Todas las otras –fraternidad, igualdad, libertad– se fundan en ella [...]. Universal como la razón, no admite excepciones e ignora por igual la arbitrariedad y la piedad.

Revolución: palabra de los justos y de los justicieros. Para los revolucionarios el mal no reside en los excesos del orden constituido sino en el orden mismo.

En esta poética vindicación moral de la revolución, Paz es todavía un escritor romántico arrastrado por el viento verbal de la fe y el mito. Cree, o parece creer, todavía, a pesar de las decepciones, que la aurora de la historia puede llegar. No ha perdido la esperanza revolucionaria ni parece haber visto con claridad la historia real, concreta, de las revoluciones socialistas en el siglo xx.

En aquella obra, Paz postulaba alrededor de la revolución una teoría ascendente de la historia: el cambio de la acepción antigua, mítica y cosmológica de la palabra *revolución* (el tiempo cíclico) por la acepción progresista y moderna de la palabra, «el cambio brusco y *definitivo* en la dirección de los asuntos públicos» y la afirmación de un tiempo lineal animado por la incesante marcha hacia la perfección humana.

En 1968, siendo embajador de México en la India, Paz tuvo su última ilusión: los estudiantes encarnarían el papel revolucionario que Marx había reservado a los obreros en su profecía. Aunque esa mutación no ocurrió, Paz, como se sabe, renunció a su puesto a raíz de la matanza del 2 de octubre en Tlatelolco. A partir de entonces se propuso dedicarse por entero a la literatura, a la crítica política y a la edición de dos revistas sucesivas que hicieron época: *Plural* (1971-1976) y *Vuelta* (1976-1998). Fue en esos años cuando vivió el último tramo de su conversión.

* * *

«Todo pensador socialista –escribió Daniel Bell– tuvo su Kronstadt». El Kronstadt de Bertrand Russell fue Kronstadt (la masacre de marineros rusos ordenada por Lenin en 1921); el de Boris Souvarine ocurrió en los años veinte; el de Koestler, Gide y Orwell, en los treinta. Muchos otros célebres intelectuales

Cada cubano parece pensar que si un día no quedara nadie más en Cuba, él solo, bajo la dirección de Fidel Castro, podría seguir adelante con la revolución hasta llevarla a su término feliz. Para mí, sin más vueltas, esta comprobación ha sido la experiencia más emocionante y decisiva de toda mi vida.

En el retrato de García Márquez resonaban ecos de H.G. Wells, que en los años pavorosos de la hambruna ucraniana declaró: «nunca he conocido a un hombre más sincero, justo y honesto que Stalin. Nadie le teme y todo el mundo confía en él». O de Pablo Neruda, en su *Canto general*: «el nombre de Stalin alza, limpia, construye, fortifica, preserva, mira, protege, alimenta, pero también castiga». García Márquez no ha tenido su Kronstadt. Ya nunca lo tendrá.

Paz sí lo tuvo. Por eso en aquel ensayo de 1982 no se conformó con denunciar el cambio copernicano que había ocurrido con la aparición de la «legitimidad revolucionaria» en América Latina. Quiso comprender sus raíces y explicar sus alcances. Paz buscó en la mentalidad colectiva, y en particular en las creencias políticas y religiosas heredadas de España, el odre viejo donde la ortodoxia revolucionaria del siglo XX vertía sus vinos, no tan nuevos ya para entonces, vinos envenenados por las experiencias concentracionaria y represiva soviética y china, y por la propia experiencia cubana sobre la cual, a esas alturas, era ya imposible engañarse. «Asistimos –escribió– al regreso del absolutismo, disfrazado de ciencia, historia y dialéctica.» La clave para entender aquella grave mutación de legitimidades no era tanto social o económica sino cultural, una extraña vuelta (no muy distinta de la del estalinismo a la Rusia ortodoxa zarista) a la matriz teologicopolítica que fundó la tradición ibérica:

la autoridad del monarca absoluto se ejercía en nombre de una instancia superior y sobrenatural, Dios; en el totalitarismo, el jefe ejerce la autoridad en nombre de su identificación con el partido, el proletariado y las leyes que rigen el desarrollo histórico. El jefe

es la historia universal en persona. El Dios trascendente de los teólogos de los siglos XVI y XVII baja a la tierra y se vuelve «proceso histórico»; a su vez, el «proceso histórico» encarna en este o aquel líder: Stalin, Mao, Fidel.

Extraña vuelta de significaciones: la «nueva» acepción del vocablo *revolución* (que Paz había profetizado y poetizado en 1967) era en 1982, de nueva cuenta, la «vieja» acepción: la primacía del pasado y del tiempo cíclico. La revolución racional terminó siendo una vuelta a la política teológica. «Así se ha roto –escribió Paz– la tradición que fundó a la América Latina.»

En 1989, con ocasión del Premio Tocqueville que le concedió el gobierno de Francia, Paz fue más lejos: «la Revolución comienza como promesa, se disipa en agitaciones frenéticas y se congela en dictaduras sangrientas que son la negación del impulso que la encendió al nacer». En ese discurso poetizó y profetizó el fin de la revolución:

Asistimos a una serie de cambios, portentos de una nueva era que, quizás, amanece. Primero, el ocaso del mito revolucionario en el lugar mismo de su nacimiento, la Europa occidental, hoy recuperada de la guerra, próspera y afianzado en cada uno de los países de la Comunidad el régimen liberal democrático. Enseguida, el regreso a la democracia en la América Latina, aunque todavía titubeante entre los fantasmas de la demagogia populista y el militarismo –sus dos morbos endémicos–, al cuello la argolla de hierro de la deuda. En fin, los cambios en la Unión Soviética, en China y en otros regímenes totalitarios. Cualquiera que sea el alcance de esas reformas, es claro que significan el fin del mito del socialismo autoritario. Estos cambios son una autocrítica y equivalen a una confesión.

Lo que Octavio Paz presenciaba era el crepúsculo de la idea de la revolución en su última y desventurada encarnación, la versión bolchevique y su triste réplica latinoamericana: la revolución de Castro.

A pesar de su decepción del socialismo real en el siglo xx, todavía vio con cierta nostalgia romántica la causa del neozapatismo y mostró cierta debilidad por la saga del Subcomandante Marcos. ¿Ecos lejanos de su juventud? Adverso a sus posiciones políticas y al uso de la fuerza, distanciado ya por entero del mito de la revolución, le conmovía la raíz indígena del movimiento (su padre había sido abogado de Zapata) y apoyaba los reclamos de ese grupo olvidado de México, los pobres entre los pobres. Sin embargo, no tenía dudas: «El liberalismo democrático –escribió– es un modo civilizado de convivencia. Para mí es el mejor entre todos los que ha concebido la filosofía política». Desde entonces formuló su deseo postrero:

Debemos repensar nuestra tradición, renovarla y buscar la reconciliación de las dos grandes tradiciones políticas de la modernidad, el liberalismo y el socialismo. Me atrevo a decir que éste es «el tema de nuestro tiempo».

* * *

Paz murió con esas convicciones, en abril de 1998. Aunque nunca hablamos sobre Hugo Chávez, estoy seguro de que no habría visto en él la reconciliación del socialismo y el liberalismo. (Reconciliación no es una palabra usual en el vocabulario binario de Chávez.) Pero pienso que de aquel texto sobre «América Latina y la democracia», además de su crítica a la revolución y su defensa de la tradición democrática liberal, cabe desprender una idea que atañe directamente a la simbiosis que Chávez ha querido establecer con la figura histórica de Castro.

La descripción de Paz sobre la Cuba de Castro es, a no dudarlo, irreductiblemente crítica pero no despreciativa. En el propio ensayo admite que Castro «apareció como el heredero de las grandes tradiciones de nuestros pueblos: la Independencia, la unidad de América Latina, el antiimperialismo, un programa de reformas sociales y necesarias, la restauración de la

democracia». Dolorosamente, «una a una, esas ilusiones se habían ido desvaneciendo». Pero la imagen de Castro que Paz dibujaba en 1982 no era, no podía ser, la de un populista vulgar o un demagogo. Bien vista, era la imagen (aterradora, desde luego, y detestable para cualquier liberal demócrata) de un teólogo laico, un doctor en Leyes (jesuítico, marcial, implacable, frío y estructurado), un poseído del dogma, un estratega de genio y un realista maquiavélico.

¿Qué habría pensado de Chávez? No es imposible conjeturar que al verlo, Paz –buen lector de Marx– habría recordado su famosa frase: «Todos los grandes hechos y personajes de la historia universal se producen, como si dijéramos, dos veces, una vez como tragedia y otra vez como farsa». Chávez habla de Fidel como su padre, le dice padre, pero es muy difícil creer que Fidel –en su insondable fuero interno– lo vea de verdad como a un hijo. (Y menos aún que Raúl Castro lo vea y trate como a un «sobrino»). ¿Cuáles son sus credenciales de grandeza? ¿Cuáles sus arduas lecturas? ¿Dónde están sus acciones de guerra? ¿Sus cicatrices? ¿Cuál es la bitácora real de sus sacrificios? ¿Merece ser, en realidad, el autoproclamado heredero de Bolívar? ¿Qué ideología sería ha tomado en Venezuela el lugar del marxismo? ¿Dónde están, en Venezuela, el partido, el proletariado y las leyes que supuestamente rigen el curso de la historia y que han conformado el experimento cubano?

La respuesta es el vacío. La Revolución bolivariana es ante todo un fenómeno mediático posmoderno en el que un solo hombre, Hugo Chávez (el teleevangelista político más extraordinario que ha nacido en América Latina), *actúa* el papel de revolucionario heroico frente a una multitud de sinceros adeptos a su mensaje mesiánico. Pero de ese vínculo mediático se desprenden votos, millones de votos. El teleevangelista es militar y ha salido de compras para comprar armas, cada vez más armas. El teleevangelista es dueño del petróleo y reparte dinero, mucho dinero. El teleevangelista es el propietario privado de la presidencia venezolana. El teleevangelista, en suma, puede salir de las pantallas y hacer, en un acto de «realismo mágico», su «real gana». Es un monarca absoluto.